

STAT VERITAS

La Verdad permanece



www.statveritas.com.ar

EL MISTERIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

AVISO A LOS LECTORES

Las páginas de este libro reproducen en substancia una serie de pláticas espirituales grabadas que Monseñor Lefebvre dio a los seminaristas del Seminario San Pío X de Ecône entre el 28 de noviembre de 1977 y el 29 de marzo de 1979. Monseñor Lefebvre mismo les dio el título de «El misterio de Nuestro Señor Jesucristo». Era la continuación de otra serie de pláticas preparatorias que trataban de la llamada a la santidad y las disposiciones para adelantar en la vida espiritual.

Es fácil comprender, desde un punto de vista muy práctico, que estas conferencias sobre el misterio de Cristo se interrumpieron muy a menudo a causa de los viajes incesantes de Monseñor y estuvieron salpicadas por comentarios relativos a la actualidad y a otros temas. Esta es una de las razones de las numerosas repeticiones con las que el prelado volvía a tomar el hilo de su exposición interrumpida. Estas reiteraciones no son, sin embargo, inútiles ni desagradables a la lectura, porque siempre proporcionan un nuevo enfoque del misterio, como mirar un diamante en sus diferentes facetas nos hace admirar su brillo variado sin agotarlo nunca. Este modo de exponer por medio de reiteraciones y nuevas aportaciones cuadra además con la forma de espíritu contemplativo que tenía Monseñor Lefebvre.

Santo Tomas enseñaba que la contemplación, según San Dionisio, se divide en tres movimientos: el movimiento circular, el movimiento oblicuo y el movimiento recto. Este último, como el del búho que sube y baja alrededor de su nido, es el procedimiento de la inteligencia que pasa de las cosas sensibles a las espirituales y al revés, para ilustrar las cosas divinas con la ayuda de las terrenas. El movimiento oblicuo es el del espíritu que usa de las divinas iluminaciones para razonar sobre las cosas de la fe, pasando de los principios a las conclusiones e inversamente, como una paloma que pasa de una rama de un árbol a una rama de otro árbol, más baja o más alta. Por último, el movimiento circular, uniforme alrededor del mismo centro, abraza de un solo golpe de vista varios aspectos de las cosas divinas que se engloban mutuamente y, de este modo sucesivamente sin principio ni fin, circunscribe el misterio, como el águila que se desliza en las alturas describiendo un amplio círculo y que tiene una vista panorámica del conjunto sin perder de vista el centro¹.

Sin duda, es el movimiento de la “contemplación circular” el que le permite a Monseñor Lefebvre contemplar sucesivamente todos los aspectos del misterio del Verbo encarnado, como un águila contempla en detalle y en general toda la región por la que vuela al mismo tiempo que la continuidad de los diversos paisajes parcialmente superpuestos en una sucesión insensible. Monseñor Lefebvre ve de una manera extraordinaria la implicación de las procesiones divinas en las misiones divinas y la conexión del misterio de la Santísima Trinidad con el de la Encarnación, conexión que resume con esas palabras que, quienes le escuchaban oyeron tantas veces de sus labios, las conservan en la memoria: «¡Nuestro único Dios es Nuestro Señor Jesucristo!».

Si el modo de proceder del búho o de la paloma es el propio del teólogo, el del águila es el del contemplativo, y los dos primeros se ordenan al del último, como lo enseña el Padre Garrigou-Lagrange siguiendo a Santo Tomás², diciendo que «la teología es una ciencia subalterna a la ciencia de Dios y de los bienaventurados». Esto implica que el mejor teólogo es el que sea más contemplativo. Sin descuidar la argumentación teológica, Monseñor Lefebvre prefería a menudo el atajo, que descubre la intuición del contemplativo, o la mirada admirativa o, finalmente, el simple silencio del que no encuentra palabras para expresar lo que ve. Estando ante el Santo de los Santos sólo se calla y nos dice: «Es un misterio», «ese es todo el misterio». Nuestros espíritus, propensos a racionalizar las cosas, puede que se sientan insatisfechos, pero lo contrario es la verdad: ¡qué purificación!

La exposición de Monseñor Lefebvre no es un tratado completo de cristología ya que no trata ciertos aspectos del misterio, como por ejemplo la plenitud de gracia de Cristo o las consecuencias de la gracia capital de Jesucristo para la doctrina del Cuerpo Místico o incluso el sacerdocio de Cristo. Estos aspectos no están totalmente ausentes pero sin cesar suelen reducirse a la verdad central de la unión hipostática y al dogma de la divinidad de Cristo, que es lo esencial del tema. El gran mérito de estas

¹ Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II^a II^{ae}, cuest. 180, art. 6.

² *Suma Teológica*, I^a, cuest. 1, art. 2.

pláticas es precisamente que compendian todo a unos principios esenciales que el autor repite con gusto, podríamos decir que hasta la saciedad, como el apóstol san Juan recordaba sin cesar a sus discípulos el precepto del amor fraterno, «porque es el precepto del Señor y a quien lo observa, le basta». Precisamente lo propio de los grandes maestros es saber recapitular todo en unos pocos principios, sencillísimos, muy luminosos en sí y de la máxima elevación.

Como san Pablo y San Pío X, a Monseñor Lefebvre le gusta «recapitularlo todo en Cristo» (Efes. 1, 10) y más concretamente, resumirlo todo en esta verdad capital, *la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo*. Esta verdad, que supone todo el misterio de la Santísima Trinidad con las procesiones y las misiones de las personas divinas, nunca está separado de sus implicaciones concretas. Al contrario, como hombre de acción, Monseñor Lefebvre insiste en las consecuencias prácticas de la divinidad de Jesucristo: su realeza universal y su reinado social contra el que hoy lucha el liberalismo; al mismo tiempo, como misionero lleno de fe, ve en la persona del Hombre Dios al único Salvador, al fundador de la única verdadera religión, a la cabeza de su único Cuerpo místico que es la Iglesia Católica, el capitán de la única arca «fuera de la cual no hay salvación»³. Ve en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo la aniquilación del ecumenismo y de la libertad religiosa, contra los que no pierde una sola ocasión de dirigir sus aceradas palabras.

Pastor de almas, Monseñor Lefebvre no deja de escrutar todos las consecuencias espirituales del dogma. La contemplación del alma de Jesucristo, al ser por sus virtudes el modelo de nuestra vida espiritual y, por su plenitud de gracia, la causa de nuestra salvación, es el mejor medio de santificación. Nos muestra en el Hombre Dios, no al ser singular que constituye una excepción, sino al hombre normal, al hombre perfecto a cuyo ejemplo hemos sido creados y recreados en la justicia. El simple hecho de que tengamos la misma gracia santificante que Nuestro Señor Jesucristo (aunque, por supuesto, no en su plenitud) debería movernos a una admiración no del hombre, del hombre abstracto y trascendental⁴, sino del hombre nuevo «creado según Dios en la justicia y la santidad verdaderas» (Efes. 4, 24) según el modelo de Cristo. Si el misterio de la Encarnación se ordena a la Redención, como Monseñor Lefebvre dice siguiendo a Santo Tomás, esto no significa que esté subordinado al bien del hombre, pues en definitiva, está ordenado a la manifestación del Cristo total, a la glorificación del Hombre Dios en los miembros de su Cuerpo místico, como lo enseña san Pablo. «Todo ha sido creado por El y para El» dice de Nuestro Señor (Col. 1, 16). Es «el Alfa y la Omega, el principio y el fin» de todas las cosas en su misterio mismo de Hombre Dios (Apoc. 1, 8). Lejos de ser antropocéntrico como la falsa espiritualidad modernista, nuestra espiritualidad es cristocéntrica, totalmente centrada en la adorable Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Por causa de necesidad, nos hemos visto obligados a hacer, sin deformar el estilo hablado, ciertos retoques al original para guardar lo mejor que se puede la propiedad de las palabras exigida en un texto escrito, lo cual no es tan necesario cuando la entonación y suspensión de la voz dan a las expresiones habladas su significado propio. De igual modo, nos hemos esforzado en expresar con más orden las ideas que el orador, en el fuego de la inspiración, no siempre ha podido resaltar. A veces hemos completado las citas abundantes que Monseñor Lefebvre hace de autores que apreciaba: Don Marmion, el Padre Bonsirven, etc. Por este medio, esperamos no traicionar ni el pensamiento ni la expresión de Monseñor, persuadidos de que él mismo habría corregido el texto escrito de sus conferencias de haberlo podido hacer en vistas a su publicación. Hemos dividido la exposición en capítulos breves que no equivalen, en cuanto a su duración, al tiempo de cada conferencia, pero se suceden en el orden exacto de éstas. Finalmente, hemos colocado en el texto abundantes notas, de las cuales la mayor parte son de autores aprobados, que suelen ser de santo Tomás de Aquino y de san Agustín, para ilustrar lo mejor que se pueda el pensamiento, demasiado intenso para nosotros, de Monseñor Lefebvre y mostrar así lo profundamente enraizado que está en la Tradición de la Iglesia.

Ya no nos queda sino decir unas palabras sobre las fuentes que ha usado el autor. Además de santo Tomás de Aquino, su maestro preferido, Monseñor Lefebvre se inspira del Padre José Bonsirven, S.J., en su obra *Les enseignements de Jésus-Christ*⁵; pero esto no quita la parte esencial que le corresponde

³ Cf. la carta del Santo Oficio, del 8 de agosto de 1949, en *El Magisterio de la Iglesia*, Ed. Herder 1963, n° 2319 y ss. (En adelante, Dz.).

⁴ Es el hombre según la “nueva teología” de Lubac, Rahner y Juan Pablo II, ¡el hombre al cual estaría ordenado el misterio del Verbo encarnado para manifestar la dignidad de la persona humana!

⁵ Colección *Verbum Salutis*, Beauchesne, París, 1946.

en estas pláticas a la reflexión, al trabajo personal, a la construcción original, fundado constantemente en las sagradas Escrituras, y finalmente, como ya hemos dicho, a una contemplación incesante del misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

Hay otra fuente más remota y difusa, aunque no menos presente e importante en estas pláticas. Se puede incluso decir que el *origen* de estas pláticas es la lectura, seguramente atenta y fructuosa, que en otro tiempo hizo el seminarista Marcel Lefebvre en su seminario. Se trata de una obra que no tenía ya en sus manos cuando preparó sus pláticas en Ecône: librito en dos tomos titulado *La Psychologie du Christ (La psicología de Cristo)*, por el canónigo Jean Arthur Chollet, doctor en teología, profesor en la facultad de teología de Lille, publicado por Lethielleux en 1903, de 215 y 179 páginas.

Tan sólo un año antes de la muerte de Monseñor Lefebvre uno de sus amigos epistolares, el señor Paul del Perugia, le sugirió la reedición de la obra, de la que poseía un ejemplar. He aquí lo que le contestó Monseñor Lefebvre:

+ *Ecône, 13 de marzo de 1990.*

Estimado Señor:

La Providencia tiene la bondad de animarle a que me hable de este tesoro que es el libro de Monseñor Chollet sobre *La Psicología de Cristo*.

Como yo lo aprecié mucho cuando estaba en el seminario de Roma, entre 1923 y 1930, lo he buscado frecuentemente en las bibliotecas. Ya no se puede encontrar.

Por eso le digo que su carta me ha alegrado mucho y que vuelvo a tener la esperanza de poder reeditarlo (...)

Yo conocí a Monseñor Chollet, que fue una gran inteligencia al servicio de la fe católica sin compromisos.

Le agradezco mucho por su envío (...), etc.

El parentesco de alma que existía entre el seminarista romano y el profesor de teología de Lille se completó años más tarde cuando Monseñor Chollet, ya obispo de Verdun y luego arzobispo de Cambrai, consagró a Monseñor Quillet, el cual consagró a Monseñor Lecomte, quien a su vez consagró a Monseñor Liénart, de quien Monseñor Lefebvre recibió la plenitud del sacerdocio, convirtiéndose así en uno de los biznietos de Monseñor Collet en el episcopado.

Le pedimos a Dios por la lectura de esta obra muchas gracias y alegrías espirituales, pues si san Pablo mismo le pedía al Señor las gracias necesarias que le permitiesen explicar el misterio de Nuestro Señor Jesucristo «en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col. 2, 3), con mayor razón necesitamos nosotros abundantes gracias para recibir esta enseñanza y penetrar también en «las insondables riquezas de Cristo» (Efes. 3, 8).

Menzingen, 22 de febrero de 1995
fiesta de la Cátedra de San Pedro
+ Bernard TISSIER DE MALLERAIS

INTRODUCCION

Yo quisiera, en la medida que Dios me lo permita y me dé los medios para hablarlos, ¡oh! no con tanta elocuencia como lo hizo san Pablo ni con tanta elocuencia como lo hicieron oradores como san Juan Crisóstomo y los grandes doctores de la Iglesia, intentar someter vuestra inteligencia, someter vuestro corazón y someter vuestra alma al *Misterio de Nuestro Señor Jesucristo*. Pues, en definitiva, Nuestro Señor Jesucristo siempre es el centro y el corazón de toda nuestra vida y lo será para la eternidad. Por El y en El podemos vivir de la gracia, podemos vivir de la caridad, y vivir y preparar nuestra eternidad. No hay otro camino.

Cuando consideramos lo que somos, pobres pecadores tentados de favorecer siempre más el desorden que el orden, por todas las tentaciones y por nuestras debilidades, como ya os he dicho, por las heridas que nos ha hecho el pecado original, tenemos la necesidad de encontrar no sólo a nuestro modelo sino también al que es la *causa* del orden que tenemos que restablecer en nosotros. Nuestro Señor Jesucristo no sólo es nuestro modelo sino también la causa de nuestra resurrección, y la causa de nuestra santificación, y en El hallamos realmente todo lo que necesitamos para nuestra santificación.

La Iglesia Católica nos presenta a este hombre perfecto en Nuestro Señor Jesucristo. De este modo, cuanto más meditemos sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo más nos acercaremos a Nuestro Señor por todos los medios que Nuestro Señor ha puesto a nuestra disposición: la Santa Iglesia, el santo sacrificio de la Misa, los sacramentos y toda la liturgia, y particularmente la sagrada Eucaristía. Cuanto más usemos de estos medios más penetraremos en este misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Se trata, pues, de un gran misterio! San Pablo lo repite constantemente. Es lo que enseña de un modo particular a todos los que había sido enviado. En su epístola a los Efesios, en el capítulo 3º dice así:

«A causa de esto, yo Pablo, el prisionero de Cristo por amor a vosotros los gentiles... puesto que habéis oído la dispensación de la gracia de Dios a mí conferida en beneficio vuestro cuando por una revelación me fue dado a conocer el misterio que brevemente antes os dejo expuesto. Por su lectura podéis conocer mi inteligencia en el misterio de Cristo (*potestis legentes intelligere prudentiam meam in mysterio Christi*), que no fue dado a conocer a otras generaciones, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: Que son los gentiles coherederos y miembros de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas en Cristo Jesús mediante el Evangelio, cuyo ministro fui hecho yo por don de la gracia de Dios a mí otorgada por la acción de su poder. A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesús, Nuestro Señor» (*Efes. 3, 1-11*).

Para San Pablo, como podéis ver, la gran preocupación es la de hacer conocer a los Gentiles el misterio de Cristo. En efecto, todos sabemos, por supuesto, y lo profesamos en nuestra fe, que Nuestro Señor Jesucristo es hombre y que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, es el Hombre Dios. En el misterio de esta unión de Dios con la naturaleza humana es evidente que hallamos muchas cosas para meditar. Este hombre, pues, que andaba por Palestina, que vivió en Nazaret durante 30 años, este hombre, pues, era Dios. Parece evidentemente extraordinario. Difícilmente podemos imaginar lo que podía ser. Porque en definitiva, ¿cómo puede estar Dios en el cuerpo de un hombre, en una simple alma humana limitada? ¿Es algo evidente que Dios pueda pasarse de la persona humana y asumir directamente por sí mismo un alma y un cuerpo? Se trata, por supuesto, de un misterio, porque nunca llegaremos a comprender con exactitud esta realidad absolutamente asombrosa, la Encarnación de Dios. Sin embargo es este el misterio en el que se halla contenida nuestra salvación. ¡En este misterio se halla incluso contenida toda la razón de ser de la creación! Vamos a procurar, en la medida que se pueda, hablar del misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO I: HIJO DE DIOS

El mismo San Pablo dice que le pide a Dios que le inspire las palabras adecuadas para hablar de este misterio, de modo que no cabe duda que vamos a tratar un tema verdaderamente misterioso pero tan

real y tan importante que, en definitiva, constituye el corazón de nuestra vida, el tema de nuestras meditaciones y la fuente de nuestra santificación.

Por la fe creemos en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y asimismo en su humanidad. Creemos y afirmamos que es Dios y hombre. Así que resulta provechoso leer algunos textos de la Sagrada Escritura que tratan de este tema de una manera muy explícita para penetrarnos bien de este pensamiento que Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Dios y Hombre. Son textos tan hermosos y conmovedores que merecen ser leídos.

En primer lugar, es Nuestro Señor Jesucristo mismo quien lo afirma. Es cierto que Nuestro Señor no reveló desde el principio de su vida pública que era el Hijo de Dios, pero no es correcto decir, como dicen ahora los modernistas, que no tenía conciencia de que era verdadero Hijo de Dios, consustancial con el Padre y con el Espíritu Santo, sino simplemente de su calidad particular de hijo de Dios y esto sólo al final de su vida pública, por una especie de toma de conciencia de sí mismo. Evidentemente, esto es totalmente falso⁶. Demos algunos ejemplos en san Mateo, capítulo 26. No cabe duda de que al final de su vida es cuando Nuestro Señor proclamó su divinidad, ante Caifás.

«Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte, pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos» (*versículos 59-60*).

«Al fin se presentaron dos, que dijeron: Este ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo. Levantándose el Pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que estos testifican contra ti?» (*versículos 61-62*).

«Jesús callaba y el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo a que me digas si Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». (*versículo 63*).

«Jesús le dijo: Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (*versículo 64*).

«Ellos respondieron: Reo es de muerte» (*versículo 66*).

Está claro: cuando Nuestro Señor proclamó públicamente su divinidad, el sumo sacerdote juzgó que se trataba de una blasfemia y que este hombre que se hacía Dios merecía la muerte.

Es una afirmación solemne por parte de Nuestro Señor, que dijo que El es verdaderamente el Hijo de Dios y que un día se le verá venir sobre las nubes del cielo.

En el capítulo 17 hay otro pasaje, no menos significativo, que es el de la Transfiguración.

«Seis días después, *escribe san Mateo*, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto y se transfiguró ante ellos».

Tenemos que pensar y creer que la Transfiguración tendría que haber sido un estado normal para Nuestro Señor. Lo anormal es que no estuviese transfigurado de manera habitual, ya que Nuestro Señor tenía la visión beatífica. Tenía la visión beatífica desde el momento de su nacimiento y desde que su alma había sido creada. Así que las consecuencias de la visión beatífica tendrían que haberse manifestado en su cuerpo y en su ser, como en los elegidos. Los elegidos son gloriosos en este momento (por lo menos para el cuerpo de la Santísima Virgen: cuando los cuerpos se reúnan a las almas bienaventuradas, serán transfigurados). Estos cuerpos tendrán todas las propiedades de los cuerpos resucitados: serán luminosos y brillarán como el sol. Esta es una de las consecuencias de la visión beatífica y de la gloria de Dios en las almas. Gozando de la visión beatífica, Nuestro Señor normalmente hubiese tenido que tener un cuerpo transfigurado. Pero, por un milagro, Nuestro Señor quiso vivir como los demás hombres y no tener habitualmente un cuerpo transfigurado.

«Se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra

⁶ ¡Ya san Fulgencio, obispo de Ruspe (468-533) denunciaba esta herejía, en la cual reinciden los modernistas! Así escribía: «Es totalmente imposible y ajeno a la fe decir que el alma de Cristo no tuvo conocimiento pleno de su divinidad, con la cual creemos que no formaba naturalmente más que una persona» (*Carta 12*, cap. 3, nº 26).

«Mientras que la divinidad se conocía como tal por ser naturalmente tal, el alma conocía toda la divinidad sin ser ella misma la divinidad. Así pues, la divinidad naturalmente es su propio conocimiento, mientras que, por el contrario, el alma de Cristo recibió de la divinidad el conocimiento de la divinidad que conoció» (*Carta 14*, cap. 3, nº 31).

para Elías. Aún estaba él hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: escuchadle. Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó y tocándolos dijo: Levantaos, no temáis. Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Al bajar del monte les mandó Jesús diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos» (S. Mt. 17, 2-9).

Aquí tenemos otra prueba de la divinidad de Nuestro Señor. Es Dios mismo quien afirma la divinidad de Nuestro Señor: Nuestro Señor es su Hijo en quien ha puesto todas sus complacencias.

Pero antes de esto, durante la vida pública de Nuestro Señor, también en san Mateo, hallamos este pasaje en el capítulo 8, versículo 28 y siguientes:

«Llegando a la otra orilla, a la región de los gadarenos, le vinieron al encuentro, saliendo de los sepulcros, dos endemoniados tan furiosos que nadie podía pasar por aquel camino. Y le gritaron diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios?».

Son los mismos demonios los que afirman la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y luego, expresando su temor: «¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos?». Los demonios le piden a Jesús: «Si has de echarnos, échanos a la pira de puercos».

Y Jesús se lo concede. Este testimonio de los demonios, ¿significa que creían en su divinidad? Santo Tomás (III^a, cuest. 44, art. 1) responde en sustancia: «Cristo se dio a conocer a los demonios no por su vida eterna sino por ciertos efectos temporales de su poder. Primero, viendo que Cristo tenía hambre después de su ayuno, creyeron que no era el Hijo de Dios. Pero luego, al ver sus milagros, por ciertas conjeturas empezaron a creer que era el Hijo de Dios, aunque sin tener una certeza de ello. Si al final el demonio excitó a los judíos a que crucificasen a Cristo no fue por desconocer su divinidad sino porque no pudo prever que por su muerte Cristo le iba a vencer definitivamente».

Esto es lo que concierne al testimonio de los demonios. Por supuesto, podríamos multiplicar los ejemplos. Así que, los Evangelios nos proporcionan la mayor prueba de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y de su humanidad.

CAPITULO II: EL VERBO ENCARNADO

San Juan, en su Evangelio, afirma la divinidad de Nuestro Señor e insiste de un modo más particular que los otros evangelistas sobre ella. Basta con leer el primer capítulo del Evangelio de San Juan, que nunca leeremos bastante, tan hermosa, tan profunda y tan llena de consolación es esta página.

En otro tiempo, el sacerdote o el obispo rezaban este evangelio al regresar a la sacristía después de la Misa. Era su modo de hacer la acción de gracias. Después, la Iglesia dispuso que el sacerdote lo rece en el altar ante los fieles.

«Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas y las tinieblas no lo acogieron».

De este modo nos presenta san Juan la eternidad de Dios, la creación y también el pecado.

«Hubo un hombre enviado de Dios, de nombre Juan. Vino éste a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él. No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por El fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos pero los suyos no le recibieron».

Evidentemente esto se dice de un modo general, pues en seguida distingue san Juan a “cuantos le recibieron”. Pero no olvidemos esta afirmación: *Omnia per ipsum facta sunt*, que será reafirmada en el *Credo*.

No tenemos que olvidar ni debemos disociar esta omnipotencia de Nuestro Señor, el Creador.

Nuestro Señor es Dios y sólo hay un Dios; no hay tres dioses sino uno solo. Por eso, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo han creado el mundo. El Verbo ha creado el mundo: “por El fue hecho el mundo”, es decir, por Nuestro Señor. No hay, pues, dos personas en Nuestro Señor sino una sola y esta persona es la Persona del Verbo de Dios, la Persona del Hijo de Dios.

Siempre tenemos que tener presente esto.

«Mas a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria».

Sin duda san Juan hace alusión también a la Transfiguración cuando escribe:

«Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

Nos relata luego el testimonio de san Juan Bautista, que clamaba:

«Este es de quien os dije: El que viene detrás de mí ha pasado delante de mí porque era primero que Yo».

Estas palabras del Bautista constituyen una afirmación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor —decía— “era primero que yo”. Existía antes que él porque es El quien lo creó.

«Pues de su plenitud recibimos todos: *et de plenitudine eius omnes nos accepimus*, gracia sobre gracia: *et gratiam pro gratia*» (S. Jn. 1, 16).

No hay, pues, ninguna gracia que no nos venga de Nuestro Señor Jesucristo.

Todas estas palabras son de capital importancia porque constituyen las bases de nuestra fe y los principios de nuestra acción y de nuestra vida de cada día.

Todos los errores que se difunden ahora y que intentan hacer creer que hay otro camino de salvación distinto de Nuestro Señor Jesucristo y fuera de la religión católica se oponen a las afirmaciones del Evangelio y son explícitamente contrarios a Nuestro Señor Jesucristo.

En algunos documentos de la conferencia episcopal de Holanda se hablaba de medios de salvación en las religiones no cristianas. ¡Es una locura! No existen medios de salvación fuera de la religión católica fundada por Nuestro Señor Jesucristo⁷. No hay salvación fuera de la Iglesia. Es un dogma de nuestra fe. ¿Por qué? Porque no hay ninguna gracia sobrenatural que no provenga de la Iglesia. Incluso aquellas gracias que podrían ser distribuidas en otras religiones vienen de Nuestro Señor Jesucristo y, por consiguiente, de su Iglesia, gracias a las plegarias de su Iglesia, la esposa mística de Nuestro Señor, que está unida a El y no puede separarse de El. Los que reciben gracias fuera de la Iglesia católica, las reciben a través de Ella como intermediaria.

No cabe duda de que hay almas que se salvan sin formar parte de la estructura visible de la Iglesia, pero forman parte invisiblemente de la Iglesia, del cuerpo místico de Cristo; los papas lo han afirmado. Sin embargo, no suele ser frecuente. La Iglesia tiene que ser misionera para llevar las gracias a los que no las han recibido. Si todo el mundo recibiese la gracia fuera de la Iglesia, aunque fuese a través de Ella, ya no serían necesarios los misioneros. Nadie puede salvarse por la práctica de las falsas religiones o por medio de creencias contrarias a la doctrina de la Iglesia. Es imposible lograr la salvación por medio del error, a través de un camino opuesto al Espíritu Santo y a la Sabiduría de Dios y al medio que Dios ha escogido para salvarnos y que es esencialmente su Encarnación.

«La gracia y la Verdad, *dice san Juan*, vino por Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, Ese le ha dado a conocer» (S. Jn. 1, 17-18).

Evidentemente este Hombre Dios constituye un gran misterio, pero es absolutamente necesario meditarlo, y conocer su realidad y su verdad, porque es toda nuestra fe, toda nuestra vida y la vida del mundo.

Nada sucede en el mundo que no esté dirigido a Nuestro Señor Jesucristo, sea en pro o en contra suya, con o sin El. Nuestro Señor es la clave de todos los problemas, pues no hay uno solo al que Nuestro Señor sea indiferente. Los hombres pueden intentar hacer las cosas sin Nuestro Señor, pero les resulta imposible, pues Nuestro Señor está en todas partes⁸. Está en todo, puesto que El lo ha creado todo. Todo está en sus manos. Todo es suyo, no hay nada fuera de El. Los hombres quieren evadirse de El, pero no pueden, porque todo es suyo.

⁷ «Todo lo que lleva el nombre de *religiones*, fuera de la única religión verdadera revelada por Dios, son invenciones de hombres y desviaciones de la Verdad, de las cuales algunas conservan ciertos vestigios pero unidos con mentiras y absurdos» (*Catecismo de San Pío X*).

⁸ Por su naturaleza divina.

No podemos comprender nada de la historia de los hombres sin Nuestro Señor Jesucristo. Es absurdo pretender construir una historia de la humanidad sin El. Nuestro Señor se halla en el centro de la historia. Todo ha sido hecho por El y para El ⁹ y la única felicidad de los hombres y de la humanidad es la de unirse a Nuestro Señor Jesucristo y vivir de Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo, ya que El es Dios. El nos ha dado los medios y vino para esto.

San Juan lo dice también en su primera epístola, que es también muy hermosa:

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos...»

San Juan no puede separar su espíritu de los momentos en los que tocó a Nuestro Señor, en los que reposó la cabeza sobre su pecho durante la última Cena. Está grabado en su vida y nunca olvidará esos instantes. Vivió hasta el fin de sus días pensando que había tenido el gozo extraordinario de tocar al Verbo de Dios ¹⁰.

«...porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna que estaba en el Padre y se nos manifestó».

Es maravilloso, en pocas palabras san Juan nos coloca ante la realidad: esta vida eterna, yo la he visto, la he tocado y os la comunico.

«Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea colmado» (*I Jn. 1, 3-4*).

Sin duda, los Apóstoles fueron tomando conciencia de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo de modo progresivo. En el momento de su Ascensión todavía se preguntaban cuándo iba a llegar el reino temporal de Nuestro Señor. ¿Qué idea se hacían de esta Persona que tenían enfrente? De hecho, no comprendieron el misterio de Nuestro Señor Jesucristo sino después de Pentecostés, después de la efusión del Espíritu Santo sobre ellos. En ese momento dedujeron las consecuencias, como aparece en sus escritos. Esto es lo admirable.

Así se comprende lo que escribió san Juan en su primera epístola, en el 2º capítulo:

«No os escribo porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis y sabéis que la mentira no procede de la verdad. ¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre. Lo que desde el principio habéis oído, procurad que permanezca en vosotros. Si en vosotros permanece lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y ésta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna» (*I Jn. 2, 21-25*).

Y añade un poquito después:

«Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ese no es de Dios...»

Está claro.

«...Es del anticristo, de quien habéis oído que está para llegar y que al presente se halla ya en el mundo» (*I Jn. 4, 2-3*).

Las afirmaciones de los apóstoles y de los evangelistas son muy precisas: los que afirman la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo son de Dios; los que la niegan, no son de Dios.

Las consecuencias son terribles. Pensemos en este mundo que nos rodea, en toda la humanidad que vive hoy como en la que vivió ayer. En relación con Nuestro Señor Jesucristo y con su divinidad se decide todo para los hombres y como consecuencia su vida eterna.

⁹ Cf. Col. 1, 16.

¹⁰ Por la naturaleza humana asumida por el Verbo, pero eso no impide que se trata de la Persona del Verbo.

CAPITULO III: UNA PERSONA DIVINA

San Pablo es el que más ha ensalzado la grandeza de Nuestro Señor Jesucristo, su poder y su divinidad, principalmente en los primeros capítulos de su epístola a los Hebreos y de la epístola a los Colosenses.

Leamos a menudo este primer capítulo de la epístola a los Hebreos:

«Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos, que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles cuanto que heredó un nombre más excelente que ellos».

Sin lugar a duda se trata del Hijo, de Aquel que nos ha purificado de nuestros pecados, de Nuestro Señor Jesucristo y no solamente del Verbo. No podemos hacer una distinción entre Nuestro Señor Jesucristo y el Verbo. Jesucristo es el Verbo de Dios. No hay otra persona en El.

Sin duda, puede ser que nos cueste comprender esto, pero precisamente este es el misterio de Nuestro Señor Jesucristo: que su Persona misma, la Persona de este hombre que vivió en Palestina, es el Verbo de Dios por quien todo ha sido hecho.

Esta misma Persona divina es la que asume esta naturaleza humana, este alma que piensa, reflexiona y quiere de modo humano, ya que Nuestro Señor era un hombre perfecto. Por eso poseía su alma humana. Sus pensamientos se le atribuían a Dios porque el único sujeto de atribución en Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo de Dios, Dios mismo.

Todos los actos que llevó a cabo Nuestro Señor, sean los que sean, eran actos divinos, dada su atribución a la Persona, pero El poseía verdaderamente todas las facultades humanas, todo su cuerpo humano y todos sus dones humanos.

En su epístola a los Hebreos, en el capítulo 1º, san Pablo nos dice:

«¿A cuál de los ángeles dijo alguna vez: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (*Sal. 2, 7*)?»

Y luego: “Yo seré para El Padre y el será Hijo para mí” (*II Sam. 7, 14*). Y cuando de nuevo introduce a su Primogénito en el mundo, dice: “Adórenle todos los ángeles de Dios” (*Sal. 96, 7*).

De los ángeles dice: “El que hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llamas de fuego” (*Sal. 103, 4*). Pero al Hijo: “Tu trono, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos, cetro de equidad es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros” (*Sal. 44, 7-8*). Y: “Tú, Señor, al principio fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán pero tú permaneces y todos, como un vestido, envejecerán, y como un manto los envolverás, y como un vestido se mudarán; pero Tú permaneces el mismo y tus años no se acabarán” (*Sal. 101, 26-28*). ¿Y a cuál de los ángeles dijo alguna vez: “Siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies” (*Sal. 109, 1*).

¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?» (*Heb. 1, 5-14*).

San Pablo insiste, pues, sobre la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y sobre su perfección infinitamente mayor que la de los ángeles, que evidentemente no son más que criaturas.

Con nuestra pobre imaginación humana, nos cuesta comprender bien que Aquel con quien trataron los apóstoles, al que la Santísima Virgen llevó en su seno, y al que llevó en sus brazos, este Niño Jesús, es Aquel por quien todo ha sido hecho.

«Tú, Señor, al principio fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos».

Al evocar al Niño Jesús en su cuna algunos podrían decir: no es posible que haya fundado la tierra, pues acaba de nacer. San Pablo nos da la respuesta: acaba de nacer, pero su Persona es una Persona divina y esta Persona es Dios, el Verbo de Dios.

Se trata, pues, del Verbo de Dios, que está presente y que asume este cuerpo y esta alma. Es el Verbo de Dios y a esta Persona es a quien nos dirigimos. Cuando se habla con alguien se habla con la persona. Esta Persona que se hallaba ahí era la del Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho y por quien todo ha sido creado.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

